

## Humoradas Dominicales\*

Semana lúgubre, por cierto, es ésta que acaba de transcurrir; preocupados traen a los ánimos los crímenes. ¿A dónde vamos a parar, por Dios? Ha adquirido el *plagio* un desarrollo tal, que nadie puede considerarse a salvo. Hoy le ha tocado la desgracia a un caballero perteneciente a la clase más elevada de la sociedad, por cuyo rescate parece ser que se exigen cien mil pesos; y ayer, si no miente quien me lo contó, le robaron a una pobre mujer su hija, y piden por ella *¡12 reales!...*

Esta lepra se extiende ya a una gran parte del cuerpo social; se plagia en las puertas de la ciudad, en Santa Fe; se plagia a las 10 de la noche en pleno Teatro Principal, y este crimen, el más horrible de todos, no respeta ya ni la accesoria en que vive el pobre ni el palacio habitado por el gran señor.

Para tan increíble desmoralización, hay evidentemente una causa, un móvil, algo, en fin. No quisiera yo incurrir en eternas repeticiones pero, en vista de lo que está pasando, no puedo menos de decir la verdad, cueste lo que costare, y la verdad es que el origen de todos esos males está en la inmoderada sed de dinero, y en el desenfrenado deseo de gozar a toda costa.

---

\* \* Gustavo Gosdawa Gostkowski, "Humoradas Dominicales" Inseguridad: secuestros en la ciudad, *El Domingo. Semanario de Literatura, Ciencia y Mejoras Materiales*, 3ª época, núm. VIII (7 de julio de 1872): 1-3.

So pretexto de *revoluciones gloriosas*, el mundo lleva un siglo de no ocuparse sino en quemar todos sus ídolos. Muy bien hecho, yo aplaudiría con toda mi alma la muerte del paganismo si de entre esos montones de ruinas hubiese visto levantarse un culto nuevo consagrado al alma, al talento y al corazón. Pero ¡ay! nada de eso he visto; en torno al hombre ha hecho un desierto, pretendiendo que el hombre se contente con ello. Un siglo ha que ciertos talentos, tan falsos como elocuentes, no cesan de hablarle al pueblo de sus derechos, pero rara vez se aventuran a hablarle de sus deberes: dicen que él es el rey, el señor, el soberano... ¡y la fuerza de las cosas, la ley del destino, lo condenan a la miseria y al polvo! Si por obedecer una antigua costumbre se suelen invocar las palabras *honor, virtud, conciencia*, vienen acto continuo los hechos a desmentirlas, porque en el fondo de los corazones reina hoy la convicción, más o menos declarada, de que lo único omnipotente es el dinero, convicción mucho más arraigada que aquella añeja letanía de palabras que ya casi no tienen sentido. La riqueza ha usurpado la consideración pública a tal punto, que apenas se reserva ya una estimación secundaria para el merito, la probidad, las buenas acciones, las grandes ideas, el honor y la inteligencia.

La envidia, la impaciencia del yugo y el desprecio del deber, parece que son las tres virtudes teologales que están a la orden del día. No sé qué blasfemo antiguo dijo: «para

lograr el fin, todos los medios son buenos»; esta frase que debería haberse cavado en la picota de la opinión pública, ha venido a ser para muchos una regla, un código, un símbolo de la fe. Ya no se le pregunta a nadie «¿Cómo ha medrado?», sino puramente: «¿Ha medrado?».

¡Qué tristeza! Y lo peor es que no sabemos a qué abismo habrán de arrastrarnos tan funestos principios. ¿Será posible que subsista una sociedad sin una creencia, que partiendo del alma la eleve por sobre la Tierra? Pero si lo reducimos todo a este mundo, si con el pretexto de que somos *espíritus fuertes* establecemos como dogma la nada y como religión de Estado el materialismo, ¿en virtud de qué ley, pregunto yo, haremos aceptar la miseria al pobre y el trabajo al proletariado? Todas esas teorías humanitarias no servirán de nada porque el pueblo, el gran ejército de los desheredados, habrá de aplastar a su vez a quienes lo engañaron prometiéndole lo que nunca se le llegará a dar: la fortuna y el goce, iguales para todos.

No nos sorprendamos, pues, de nada, en vista de tales teorías y de tales doctrinas inspiradas por esa fiebre, por esa desenfrenada carrera que ni el crimen es capaz de detener y que impele a la masa hacia aquel fin que ha llegado a declararse único: poseer, tener dinero, es decir, mandar y brillar cada cual a su turno.

Por lo demás, no es nueva esa táctica: si hemos de creer a Salustio, cuando Catilina arengaba a sus cómplices a punto

de dar la señal del motín, no les habló sino como lo hacen hoy, ni más ni menos, nuestros pseudo publicistas. ¿Qué les decía, en efecto, para lanzarlos? ¿Invocaba el bien de la patria, el interés de la república, o el amor a la libertad? No, por cierto; dirigíase a sus apetitos, mucho más que a sus pasiones: «¡Levantaos! ¡Hela ahí! ¡Hela allí, esa libertad que habéis pedido a gritos! Con ella viene la fortuna, el poder, la gloria, tal será el premio de nuestro triunfo. Las circunstancias, vuestros peligros, vuestra pobreza, el magnífico botín que se os espere, todo esto ha de ser más elocuente que mis palabras... ¡Adelante conmigo! ¡A no ser que tengáis por mejor obedecer siempre, que mandar a vuestro turno!».

Así hablaba Catilina a aquella plebe romana, tan ávida de placer y de ocio, y que al sacrificar su libertad al *panem et circenses* de los emperadores, habría de tener que sufrir tan dócilmente el yugo de los Césares.

Pues y en esa *Comuna* de París, cuya defensa se han atrevido a hacer ciertas descarriadas plumas, ¿qué pretexto invocaban aquellos Espartacos de café para justificar su odiosa tiranía?

Una frase referida por un testigo y dicha en una de las últimas sesiones del Consejo de guerra, va a ilustrarnos sobre el particular.

Henry, antiguo *modelo* de los talleres de pintura y convertido de la noche a la mañana en coronel, miembro del

Comité central y dictador del distrito número XIV, recibe la visita de la mujer de un ciudadano preso por orden suya; la señora le pide la libertad de su marido, y recibe esta respuesta del coronel: «¡No, nunca! ¿Creen ustedes que esto no es más que un mero motín? ¡Es una revolución! ¡A *ustedes les toca ahora arrastrar los andrajos!*».

Ese «A ustedes les toca ahora arrastrar los andrajos» resume mucho mejor que el discurso harto académico de Catilina todos esos odios, todas esas envidias, todos esos rencores que agitan y arrastran a esos seres que nada tienen en el corazón ni en la cabeza, ambiciosos sin poder, concupiscentes de gloria sin iniciativa, menospreciadores sin juicio, y ociosos sin vergüenza que se obstinan en podrirse en ese hospital de leprosos de donde se propagan al reato del mundo de la infección del vicio y el contagio de la bajeza.

En obsequio de la justicia, y para no disimular nada de tan desolador diagnóstico, me apuro a decir que la importancia del mal está mucho más en la parte que nos debe, que en su misma existencia. En efecto, si el mundo, más inclinado a la verdad que a la mentira y más amante de la virtud que del vicio, no tuviese dispuestas coronas para el pícaro que se eleva, veríamos muchas menos gentes pidiéndole al crimen un puesto en el festín. Crece el capítulo de las circunstancias atenuantes, cuando en todas partes y casi siempre vemos que el *éxito* justifica los medios más viles.

Cuando en una sociedad ha llegado el dinero a ser el mejor título, cuando veo inclinarse todas las cabezas ante el bribón que supo medrar, sube mucho más alto mi cólera, y cae no ya sobre el bandido vulgar, sino sobre el mundo entero. ¡Oh, sí! Mientras el mundo no conceda al trabajo y a la vida pobre y honrada lo que tan fácilmente prodiga a la ociosidad dorada y a la riqueza mal habida, hay que esperar el ver aumentarse de día en día la estadística del crimen.

El trabajo es en nuestros días el medio menos seguro de medrar: ¿Pues no estamos mirando que las profesiones que especulan con el vicio o con la miseria son las que producen resultados más pronto, más seguros y más brillantes? ¿No tenemos la prueba en el juego y en la usura?

Si esto es lo que pasa, no nos cojan de nuevo los vicios que hemos procurado inocular con nuestras propias manos. Predicar la moral es cosa muy buena, practicarla cada uno es mucho mejor. Los hartos jamás han convertido a los hambrientos; ingrata y juntamente necia es la tarea de quien intenta obligar al prójimo a hacer lo que él sería incapaz de practicar.

Está la sociedad en este momento sufriendo la pena del talión, y es muy justo. A fuerza de quemar su incienso en las aras de todos esos becerros de oro, que imponen no solamente la moda sino hasta la ley, ha despertado en los más abyectos aspiraciones desconocidas hasta entonces, y

desarrollado en todos una sed de goce que con nada puede quedar satisfecha.

Serán ahorcados o fusilados los plagiarios del señor Cervantes, pero con eso no habrá de cegarse la fuente del mal, porque la sola idea de la muerte, como castigo, no será bastante poderosa para detener el puñal del asesino, que al matar a su víctima cree conquistar los codiciados bienes. Cuando aún se tenían en algo las ideas de gloria y de honor, ¿no se veía a muchos valientes exponer la vida por merecer aquella o por defenderse éste? Pues bien, hoy sucede lo mismo, sólo que, en virtud de esa completa depravación del sentido moral contemporáneo, vemos a los hombres arriesgar fríamente su cabeza para alcanzar lo que en nuestra época está sobre todas las cosas: el dinero.

¿Pero no habrá un remedio? Se me preguntará tal vez. ¡Un remedio! ¡Sí, lo hay! ¿Pero, tendremos valor para aplicarlo? Hay que sufrir una curación larga, porque lo que habremos menester es una transformación completa en nuestras ideas. Si queremos sanar, necesitamos, desde luego, abjurar del culto dominante, y en lugar de esos nefandos altares que tan torpemente hemos erigido al éxito, al millón, al vicio afortunado y a la vanidad, necesitamos elevar aras benditas al trabajo, a la virtud, a la probidad, a la pobreza. En vez de prosternarnos ante el falso prestigio de un *medrado* tan audaz cuanto despreciable, sepamos saludar a la honradez cuando pasa con su túnica raída. Si queremos, en

fin, evitar los males que nos amenazan, purifiquemos la atmósfera intelectual sustituyendo la curiosidad malsana o los deseos inmoderados, por nobles ambiciones. Volvamos al culto del bien; el principio de todo esto, principio que se oscurece cada vez más, es la fe en la justicia, es la creencia en Dios. Pero, por desgracia nuestra, la justicia no es ya sino una palabra vana, y Dios mismo... ¡un mito!...

*G. Gostkowski*